
EL CAFÉ: LA DISPONIBILIDAD DE LA PALABRA

Federico Medina Cano



El café surgió en el siglo XVII en Inglaterra paralelamente a los salones franceses. Aparece en un momento en que el café, el té y el chocolate se convirtieron en bebidas de moda en Europa. Los salones eran para círculos cerrados de la nobleza y de la alta burguesía, en su interior los gustos y las maneras eran elitistas, se hablaba de arte, literatura y filosofía. Los cafés por el contrario eran instituciones públicas y como lugar de reunión agrupaban a los hombres de todas las capas sociales. En ellos imperaba el “sentido común”, se hablaba de política y tenían su espacio el juego y los negocios. Dispersó el protocolo y los ritos inflexibles y ordenados de la sociedad cortesana: sus principios eran la igualdad y la movilidad social. Fue en sus inicios el lugar de la modernización y del progreso (1).

En el contexto urbano el café conserva su sentido tradicional: es uno de los enclaves de la sociabilidad masculina, es un territorio por fuera del medio familiar donde el hombre pasa sus momentos de ocio, consume los momentos de su tiempo libre, y renueva ritualmente sus aficiones, sus creencias y sus puntos de vista. Es el lugar del descanso y de la permanente disponibilidad. “El café era la segunda habitación del padre, el ámbito del eructo proverbial y la conversación del que eran excluidas las mujeres” (2) (3).

El café es parte del escenario público: es uno de los lugares comunes de llegada, es un sitio de reunión. Es el lugar de la **convivialidad**, de la **proximidad** o de la **projimidad** (4). Es un ámbito ceremonial de la vida ciudadana: es una región abierta, un lugar de encuentro en el

(1). Neumeister, Sebastian. “La ciudad como teatro de la memoria”. *Revista de Occidente*. # 145 junio 1993. Pág. 67.

(2). Verdú, Vicente. *Sentimientos de la vida cotidiana*. Madrid, Ed. Libertarias, 1984. Pág. 111.

(3). “En muchos casos el marido, al volver a su casa, entraba en realidad en la casa de su mujer: ella reinaba en su morada. En este espacio el hombre no podía tomar iniciativas sin manchar, romper o molestar. Muchas veces esto implicaba que la sociabilidad propiamente masculina buscara territorios más propicios fuera de la familia”. Antoine Prost “Fronteras y espacios de lo privado” *Historia de la vida privada*. Tomo V Madrid, Ed. Taurus, 1989. Pág. 78.

(4). Maffesoli, Michel. *El tiempo de las tribus*. Barcelona, Ed. Icaria, 1990. Pág. 61.

que es posible dirigirse a los demás sin ningún pretexto determinado, sin un objetivo específico o sin buscar una finalidad. El palabreo, el rumor, la charla intrascendente, la francachela, la conversación anodina que acompaña la vida de todos los días, el intercambio de impresiones son algunas de las actividades humanas que facilitan la socialibilidad. El compartir opiniones comunes o disentir sobre ellas, el poner en común las vivencias o la experiencia individual por medio de la palabra, el trazar conjeturas o explicaciones sobre lo ocurrido, el confirmar en el diálogo informal las creencias colectivas, son acciones que le dan consistencia a la vida comunitaria.

El visitar el café forma parte de las actividades sociales de esparcimiento. Sirven de marco para las reuniones de amigos y para las discusiones; son lugares de mucha efervescencia, en ellos reina una animación que facilita los contactos y la integración. Algunos no son sólo puntos de reunión, son lugares de encuentro, puntos para citar a un amigo. El sólo hecho de estar sentado en un café puede considerarse un acto sociable, es la materialización de un deseo aunque pasivo de participar en la vida colectiva, es un baluarte transitorio desde el cual el visitante puede observar (como un voyeur) la vida que transcurre, los movimientos de la ciudad y de sus gentes, y, a la vez, ser visto (5).

El café es un espacio ritual, un lugar cultural común. Es una área pública donde el comportamiento social o colectivo tiende a estar ritualizado. Las reglas de comportamiento y los gestos que allí se realizan son simbólicos. Los ritos cumplen una función de reconocimiento: insertan al individuo en

una tradición (sin la cual se siente perdido y desarraigado), reafirman el sentimiento de identidad tanto individual como colectivo, lo vinculan a una clase social y lo convierten en miembro aceptado de la comunidad.

El café no promueve la ideología de la circulación. No es el lugar al que se llega intempestivamente en el vagabundear por la ciudad, en el recorrido multidireccional o discontinuo por el espacio urbano. El café está en el itinerario habitual: es un lugar **propio**, un lugar **usual**. Está cerca del trabajo, cerca de la parada del autobús o de los lugares de más vida en la ciudad, cerca de la casa, en el corazón del barrio o simplemente en la esquina. Es un lugar que pertenece a la vida del barrio, de la ciudad o del pueblo. Tradicionalmente en el espacio urbano o del barrio el espacio exterior no es del todo público. El espacio del barrio se distingue perfectamente del espacio privado, pero en ningún momento se cierra a él sino que forma una especie de zona protectora. El café no es ni totalmente público, ni exactamente privado. En él la vida privada encuentra una prolongación, un apoyo, un eco y a veces también una censura.

Las personas que se reúnen en el café disponen de su tiempo, no se ven limitados por presiones externas, ni por obligaciones laborales ni sociales. A su interior se suspende el ritmo del trabajo. El tiempo que se permanece en su interior es un preludio al reposo nocturno o vespertino o a la quietud del fin de semana. Es un tiempo cordial en que se puede compartir la bebida y la conver-



(5). Sue, Roger. *El ocio*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Pág. 127, 128.

sación, disfrutar del silencio o de la contemplación del movimiento de la ciudad y sus gentes. Es un momento lleno de vitalidad, en que la existencia se renueva. En él el cliente se toma unas copas o un café con los amigos que lo acompañan desde el trabajo, antes de volver a casa. Es el lugar de **transición** entre el mundo del trabajo y el mundo íntimo de la vida doméstica (No sólo la actividad del día laboral termina en los cafés, también allí la vida de la ciudad comienza, los clientes antes de ir para su trabajo inician su día con una taza de café o una pausa para ver despertar y desperezar la ciudad). También existe el café de los viernes o de los fines de semana, de los domingos, donde se comparte con los amigos de toda la vida una taza de café, una cerveza o unas copas de aguardiente.

No está lleno por temporadas, sus mesas siempre permanecen ocupadas. No es un lugar de ocasión, se frecuenta rítmicamente. Tiene sus clientes permanentes que en momentos del día distintos o en jornadas laborales diferentes lo visitan asiduamente. El café es un espacio habitual. Cuenta con personajes asiduos, que incluso tienen asientos tácitamente reservados. Los parroquianos tienen al menos un apellido, a veces incluso un nombre (o un apodo), o una costumbre en el consumo que es conocida por sus dueños (una bebida asignada o un lugar en el establecimiento). Es el espacio donde se afirman costumbres o ritos, preferencias o deseos. Sus camareros (o meseros) están incorporados a la historia del establecimiento: su personalidad, el conocimiento que tiene de los clientes, su forma de vestir son otros de los tantos atractivos de estos lugares. Muchos de ellos (o de ellas) beben café o licor con los clientes, los acompañan en su consumo (es frecuente que un parroquiano los invite a tomar una copa de su cuenta) o participan del clima y del intercam-

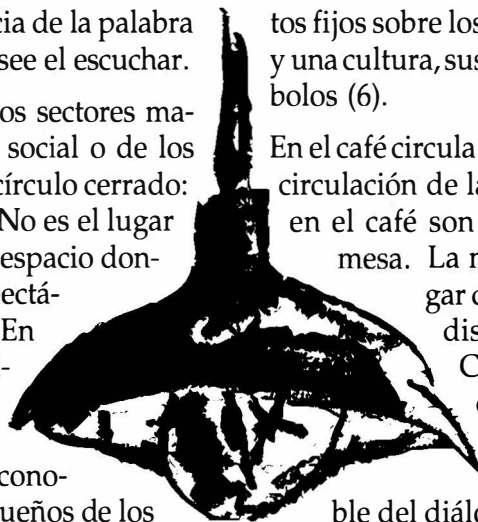
bio verbal que se realiza. El camarero acoge la demanda del cliente y la satisface personalmente, es un asistente personal.

La ciudad no es sólo una organización racional, funciona también como imaginario, como reino del Mythos, como fábula. Cada ciudad tiene sus leyendas, sus espacios construidos con sueños e ilusiones. De esta imagen de la ciudad participa el café. Entre la ciudad y algunos cafés se establece una identidad: nacieron con ella, son parte de su pasado y del de sus gentes, son leyenda. Al café lo rodea un halo sentimental: puede ser también un reducto, un "nicho", una zona "reservada". Es el lugar del encuentro, de las citas clandestinas que puede llegar hasta la promiscuidad. Es el lugar de la fantasía injertada en la vida cotidiana, de la aventura. Es un espacio utópico: todo lo que en él acontece cobra otro sentido, se torna en hazaña. Estos cafés tradicionales llevan la marca del destino y del azar: en sus interiores es común encontrar ambientaciones falsamente suntuosas, conjuntos de espejos (con marcos dorados de filigrana) o de luces que multiplican la figura y las sombras y provocan el juego de la apariencia. Es frecuente encontrar molduras con adornos de estuco y de yeso dorado, columnas y pilastras, zócalos altos, o el cieloraso adornado con motivos grecorromanos. Está decorado con gobelinos o láminas o pinturas nostálgicas y distantes (con mujeres extáticas, paisajes remotos) que abren la puerta a la ilusión. Sus espacios interiores no son abiertos, abundan los rincones o recovecos que permiten la intriga y la discreción, "los laberintos que copian las formas sinuosas de la conciencia y del pensamiento". La luz es poca y tenue, la música de fondo apenas se escucha. El mundo de sombras y de murmullos que se crea facilita el encuentro y el diálogo: es un medio que invita a la discreción, al recato,

que resalta tanto la importancia de la palabra como el enorme valor que posee el escuchar.

El café no es el equivalente en los sectores mayoritarios del exclusivo club social o de los bares sofisticados. No es un círculo cerrado: no hay dificultad de acceso. No es el lugar para exhibir vanidades, ni el espacio donde una clase se ofrece en espectáculo al resto de la sociedad. En su interior no se cuecen las últimas noticias, las anécdotas íntimas del poder, no se satisfacen curiosidades, no se conocen los movimientos más pequeños de los demás (las rentas, los amores, las enfermedades, la "situación"), ni las indiscreciones claves del éxito mundano. El café pertenece a la cotidianidad más cercana, al deambular de las gentes de la ciudad y sus rutinas.

Es el círculo donde se ostenta el poder de la palabra. Las palabras que se intercambian en el café pertenecen a un registro diferente. No es el lugar de la confidencia, ni del diálogo serio y comprometido. Se habla muy poco de la vida privada, y cuando se aborda en algunos de sus asuntos es siempre bajo un discurso lleno de convenciones que no hace necesario desnudar la intimidad y la privacidad frente a su interlocutor. Se prefieren los asuntos laborales (rememorar lo ocurrido durante el tiempo laboral); los asuntos de negocios se abordan sin asumir en rigor lo dicho, y de una manera descuidada se frecuentan los asuntos políticos (se quiere "arreglar el país"). Es un movimiento que no se detiene jamás, un alud de palabras que sólo necesita como pretexto cualquier suceso, un encuentro o una emoción que se puede compartir con otros. El café cumple una función fundamental: en la charla, en el juego de la palabra se mueven y manipulan los elemen-



tos fijos sobre los cuales se apoya una lengua y una cultura, sus valores, sus mitos y sus símbolos (6).

En el café circula la palabra acompañada de la circulación de la bebida: los que se reúnen en el café son comensales en una misma mesa. La mesa es por excelencia el lugar de la convivencia, el lugar del discurso y del enunciado (7).

Culturalmente la mesa tiene un doble significado: es un mueble social, el mueble de la reunión, y también el mueble del diálogo (8). De un lado, está hecha para ser rodeada (todos sus lados se pueden ocupar). Situada en medio del espacio disponible se ofrece a las aproximaciones de todos, a la reunión cotidiana o periódica. Es el centro espacial alrededor del cual las personas que frecuentan el café tienen una cita tácita y permanente. De otro, es una superficie plana que le brinda a cada persona un espacio gestual personal. "La postura de expansión física da a la reflexión, a la palabra, su entera libertad. Los rostros se dan la cara y las miradas se compenetran. La mano, liberada del trabajo, puede dedicarse totalmente al esfuerzo expresivo. Cada uno se enfrenta

(6). Duvignaud, Jean. *El juego del juego*. México Fondo de Cultura Económica, 1982. Pág. 36, 37.

(7). Stourdze-Pleissis, Marie-Noel y Helen Sthrohl. "El conocimiento del comedor". En Duvignaud, Jean. *Sociología del conocimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Pág. 232.

(8). Barbotin, Edmon. *El lenguaje del cuerpo*. Tomo II. Pamplona, Eunsa, 1977. Pág. 272, 273.

a todos los demás y, a su vez, se entrega" (9). Es el lugar privilegiado para el diálogo, la búsqueda común, la deliberación, para poner en común sugerencias y proyectos, para intercambiar impresiones.

La actitud de los contertulios en el café no es la discreción, ni la distancia. El que se sienta en la mesa asume una actitud abierta. Se desvanecen las actitudes pomposas y engréidas, el tono trascendente y la hueca grandilocuencia, y se privilegia la humildad y la sinceridad. Los diálogos transcurren en un aire alegre pero bondadoso. Las palabras están revestidas de simplicidad y autenticidad. El objetivo es lograr un diálogo, reposado y ponderado: en el que todos se puedan expresar libremente y acepten que el otro se enuncie a su vez. Aunque se pueden dar discusiones, no se busca ejercer el poder o imponer una verdad. No se busca arrebatarse la palabra, imponer un sentido, ni se pretende dogmatizar. La circulación del sentido alcanza una particular vivacidad. La tertulia es una filantropía del alma que propicia la "amistad grande y pactada para pensar" (10). El diálogo estimula el pensamiento, cada persona descubre en la palabra del otro un estímulo para continuar y prolongar su intervención. Las conversaciones cruzadas pueden ser de muy distinta calidad, pueden ir desde la vulgaridad y la intrascendencia, la lúdica verbal, las maniobras verbales, el duelo cortés, la contienda de ingenio verbal, hasta las cimas de la contemplación filosófica y la reflexión más ela-

(9). *Idem*.

(10). Gómez de la Serna. Citado por Martínez, Juana. "El café de Pombo. Gómez de la Serna e Hispanoamérica". *Gaceta*. # 18.

(11). Hernando, Alberto. "La nostalgia del cabaret". *Quimera* # 78, 79. Pág. 62.

borada. Los rostros abandonan su parquedad y las limitaciones que el trato social les impone: los rostros se hacen más expresivos, los rasgos se distienden y asumen una nueva vitalidad.

En el intercambio hay un código fundamental: el humor. Es un diálogo que lo atraviesa la búsqueda de la broma picante, la nota oportuna. El café es el lugar del juego y del habla, de las especulaciones lúdicas; es el espacio donde el habla no necesita justificación para fluir, para presentarse en toda su riqueza y disponibilidad. Es el tiempo para el chisme y el albur, para cazar la oportunidad y tejer la ironía, para el devaneo inútil y el diálogo entrecortado o fragmentario. Lo que allí se dice no tiene consecuencias, "no se le sostiene a nadie". Aunque todo lo que se dice en este ambiente lúdico no impide que se expresen asuntos en tono confidencial y personal.

EL CAFÉ Y LA CONSPIRACIÓN

El café y el cabaret fueron dos fenómenos que se presentaron paralelamente. El café tiene una vida más larga, todavía conserva la gran mayoría de sus rasgos; el cabaret brilla muy corto tiempo, pierde su potencia creadora y es suplantado por un espectáculo para turistas que de sus formas originales conserva muy poco y sólo exhibe "fragmentos fugaces de un sexo deslucido y sórdido" y espectáculos musicales deleznable (11).

El cabaret fue un fenómeno cultural sin fronteras. Sus orígenes se sitúan entre la bohemia (12) y la ebullición revolucionaria internacionalista. En sus comienzos (finales del siglo pasado) era el espacio donde se

condensaban y conjuraban los imaginarios de la sociedad burguesa con arrebatos de locuras, odios y fascinaciones, explosiones de felicidad decretada, y el renacer de utopías y de la esperanza social (13). Era un santuario que reunía un público heteróclito y ocioso: en su interior se aglutinaban escépticos, artistas, literatos extravagantes o excéntricos, anarquistas, gente dispar, bohemios desclasados y los más variados habitantes del mundo marginal. Pero su origen político inicial se deslizó hacia lo artístico y lo literario, fue una mezcla de club literario y de grupo artístico radical. En su intimidad se conformaron lo más granado de las vanguardias y el pensamiento subversivo y perverso de la bohemia baudeleriana. Escritores, músicos y artistas se reunían en el cabaret para denunciar las desigualdades sociales, la podredumbre del sistema político, la hipocresía moral; para con su fuerza y su imaginación arrolladora, con su ingenio verbal desmontar la expresión figurativa del naturalismo y abrir nuevos caminos para la expresión.

En su intimidad convivían la sátira política y la arenga revolucionaria, las canciones en argot y las **performances** inéditas, los debates acalorados y los intercambios de ideas, los textos antibelicistas, las provocativas fabulaciones de la vanguardia, las experiencias artísticas más interesantes (era un escaparate de las tendencias pictóricas y de diseño de vanguardia) y los enfrentamientos ficti-



cios con el poder (14). Era un mundo de espectáculos en el que intercalaban pequeñas piezas de teatro, las diversiones más vulgares, las canciones populares y cabareteras, las variedades y las caricaturas políticas, y los **sketchs** sarcásticos. Pero no todo era diversión y evasión, exhibicionismo y erotismo difuso, en su mundo de luces y de música creó un foro de agitación y debate, de conspiración y encuentro. Era un ágora común y un lugar de encuentro, en que se llevaban a cabo búsquedas artísticas e innovaciones, y se materializaban en proyectos utopías y sociedades diferentes.

Cuando el cabaret se agota y de la forma original y su gloria pasada sólo queda un simulacro de su mitología artificiosa y sensiblera, el café continuó con la función

(12). *La bohemia es uno de los momentos finales de una revolución cultural, iniciada en el siglo XIX, contra las normas y valores de la sociedad burguesa, contra sus costumbres centradas en el trabajo, el ahorro, la moderación y el puritanismo. Se inspiraron en el romanticismo y su culto a la exaltación del yo, a la autenticidad y el placer. Eran un movimiento contestatario de las convenciones y las instituciones sociales, del espíritu de la época fundado en el dinero, el trabajo, en un racionalismo estrecho y un ascetismo económico y corporal. Su meta era vivir con la máxima intensidad, con desenfreno, guiarse de los propios impulsos y las presiones de la pasión, abrir el campo de las experiencias y de la imaginación. Eran pregoneros de un individualismo limitado y hedonista. Gilles Lipovetsky. La era del vacío. Barcelona, Ed. Anagrama, 1986. Pág. 83.*

(13). Hernando, Alberto. *Op. Cit.* Pág. 64.

(14). *Ibid.* Pág. 65.

que éste cumplía (paralelamente realizó una labor de este tipo) (15). En el café no encontramos el mundo de luces y espectáculos de cabaret, pero se mantiene la tertulia y el debate verbal con la misma pasión y fuerza provocadora, y el clima de conspiración.

El café es un espacio íntimo, un lugar de acogida, un refugio ("un dodecaedro de luz") frente a las amenazas de la civilización, del mundo del dinero y la fortuna, y los brillos del poder. Es una estancia, que al margen del progreso y su mundo material de confort, crea un clima de reconciliación, de serenidad y estabilidad, y renueva la pasión por la vida: "En la noche, como pájaros en su jaula, podemos en aqueste ambiente esponjar nuestro plumaje, regodearnos de nuestra vida sin grandes conflictos, de nuestra gran resignación de vivir y morir. / ... Ya no hay mundo, ya no cree nadie en el mundo; no se puede creer en el mundo; sólo tenemos estos pequeños lugares íntimos donde encontramos" (16).

En los cafés especializados para intelectuales, para artistas, para la intelligentsia del lugar, pontifican los cenáculos literarios, se elaboran los manifiestos o se fraguan los derroteros marginales del pensamiento. No aspira a reemplazar el quehacer académico, en el diálogo intelectual que se da en su interior prima el afán por lo heterogéneo, por el desorden de las figuras y las cosas, la aventura del pensamiento, la búsqueda de los itinerarios más sorprendentes. Es la pasión

por las ideas, el tiroteo mental en el que se mezclan licores, cafés y conceptos, y del que emana el sabor de lecturas apresuradas e improvisadas, de la heterodoxia o de las más ortodoxas. Es el quehacer intelectual animado por la lógica del juego, por el placer verbal, por la sensualidad del diálogo. El café es el ágora donde se canjean ingeniosidades y sutilezas, se forjan figuras asombrosas, se ponen a prueba las creaciones personales y el ingenio.

El café fue a finales del siglo pasado el núcleo vital de la bohemia, de los que sólo "ambicionaban robarle inspiración a la tristeza". Era el espacio vital de los que haciendo gala de una aristocracia espiritual, de una rebuscada estilización se oponían a la mesocrática del dinero. Los bohemios eran un grupo de inconformes culturales y morales, eran un grupo de intelectuales que se refugiaban en lo esotérico, lo legendario y lo exótico como un medio de sublimación, en un onirismo fantástico como una respuesta a la hipocresía reinante, al positivismo pragmático y a las presiones del realismo burgués. Para ellos el café era parte de la escenografía típica del fin de siècle. En ellos exhibía la bohemia su halo de rareza, la carencia de límites, la excentricidad al vestir, la urgencia de derrochar el dinero; en ellos llevaba a la práctica la consigna de vivir desesperadamente, y experimentaba el poder de contemplar aquello que el resto de los mortales jamás podía vislumbrar. Los bohemios veneraban tanto las creencias bienhechoras de la improvisación como el aura mágica que rodeaba la noche. La noche para ellos no tenía un sentido funcional: no era el tiempo para dormir, reproducirse sin extravíos y recuperar la fuerza laboral; no era el momento de quietud que enlaza el trabajo de la tarde con la jornada que se inicia la mañana siguiente.

(15). Martínez, Juana. "El café de Pombo. Gómez de la Serna e Hispanoamérica". *Gaceta* # 18, octubre de 1993. Pág. 16.

(16). Gómez de la Serna. *Op. Cit.* Pág. 16, 17, octubre 1993. Pág. 16.

La noche, por un lado, se asociaba con el pecado, el vicio, la conspiración, la experiencia del exilio y de la clandestinidad, la derrota. Y, por otro, era el espacio de lo dionisiaco, de la ebriedad, de la creatividad anclada en lo irracional y el desvarío. La noche era un espacio revelante, era el momento en que se manifestaba el fervor de ser, la abundancia divina, el desbordamiento y el exceso esencial. En los cafés se experimentaba la vida de la noche como el único tiempo habitable y se vivía el sentimiento de derrota y pobreza material; se sentía, como en un templo, el llamado de las musas entre el humo del tabaco, el ajeno y las bebidas espirituosas. Era un lugar sagrado, en el que los bohemios se entregaban ritualmente a la embriaguez y sentían el llamado de la ensañación. El café era parte de los paraísos artificiales que creaban el alcohol y las drogas, era el lugar apoteósico para la iniciación artística. En su interior se tejían leyendas y relatos, se vivían extravagancias y excentricidades, se tramaban rebeliones contra Dios y la sociedad, se blasfemaba y se cometían sacrilegios con los que se expresaba la inconformidad cultural y moral con la sociedad.

Los cafés para jugadores de cartas, de billar, atraen por su movimiento y dinamicidad. Con sus camareros, su ambientación solamente funcional, sus mesas para el juego - dispuestas no sólo para los jugadores sino también para los espectadores y curiosos-, su luz abundante, su aire caliente saturado de humo de cigarrillo, la barra siempre limpia y las filas de botellas que le sirven de telón de fondo a quien la atiende, el ir y venir de sus clientes (el movimiento perpetuo de curiosos y parroquianos), el café introduce un ingrediente de cambio: libera la vida diaria del yugo de la rutina, de su ma-

lestar y dosis de aburrimiento. La vida cobra otra dimensión: el tiempo se detiene y todo gravita alrededor de la tensión que produce el juego, del cruce de las apuestas y de la seducción del riesgo.

La modernidad con sus luces de neón, el sonido multiplicado de los equipos electrónicos, la vida acosada de la ciudad transformó el café en un lugar funcional, en un espacio que sólo revela su deterioro y su obsolescencia. Es la expresión de la erranza del hombre urbano, de su ir y venir, de la incertidumbre que acosa la vida diaria, del malestar de la vida moderna y del yugo del trabajo mecanizado y repetido, del poco uso que puede hacer de su tiempo. Se convierten en lugares de tránsito rápido, de paso, donde se manifiesta la fugacidad que rodea los actos del hombre actual.

Anexas al café aparecen en la sociedad actual y en la vida de las ciudades dos lugares que revelan al café en algunas de sus funciones o sustituyen con otras las formas de socialización que le caracterizan: la discoteca y la cafetería.

LA DISCOTECA Y EL JUEGO DE LA APARIENCIA

La discoteca en el mundo de los jóvenes (parece que el café estuviera sólo reservado a los adultos) es un espacio importante de socialización. No es la continuación de la sala de baile. Es un espacio que permite la aparición de nuevas formas ceremoniales en los momentos de ocio. Pero en la discoteca lo social es sustituido por la apariencia: la discoteca es un espacio de exposición. La mirada, el gesto y la parafernalia del vestido (o de

la moda) son los protagonistas de la comunicación. El cuerpo transformado por el maquillaje, el peinado, la indumentaria, se expone a la mirada de los otros. Se habla muy poco, el ruido de la música no lo permite; allí sólo se va hacer acto de presencia: para ver a otros o para ser vistos.

Estos lugares están hechos más para bailar que para dialogar. Aunque está decorada con sillones bajos, sofás y rincones ocultos y apenas iluminados, el espacio central por excelencia, alrededor del cual gira la actividad es la pista. Lo que existe alrededor es un espacio intermedio, una situación transitoria. En este espacio interior cientos de personas bailan pero cada uno parece estar bailando para sí mismo. El baile deja de ser entendido en términos de repetición de pasos fijos y se convierte en un movimiento que más parece expresar las pulsiones inconscientes del Ello. No se baila en parejas ni con el esquema colectivo de "llevar el paso".

El baile en su sentido tradicional era una actividad ceremonial. En él las parejas en actitud solemne recreaban su deseo de sofisticación. Con la obediencia exacta de los silencios musicales, la fuerza de los giros, el paso reiterativo e insistente (que se desdoblaba en mil y una contorsiones sin quebrar la estructura de los movimientos), la cantidad de energía que se ponía en el movimiento del cuerpo, la pose corporal (el talle erguido, la alegría facial), la forma como se tomaba el cuerpo de la pareja, el cuidado de la compostura (los excesos estaban mal vistos), el



arrobamiento de la entrega (la pareja se percibía como un solo ser) el bailar se asumía como una actividad altamente codificada y rigurosa: era "todo un arte". El baile estaba animado por el placer de experimentar la propia fuerza y la flexibilidad, de dejarse llevar por los pasos, siguiendo un ritmo, y ceñir su cuerpo al del compañero o compañera (encerraba un valor ritual en las relaciones entre las parejas: "la representación de la fiesta, la dramatización de la búsqueda y el cortejo erótico"). En la discoteca el baile abandona el rito de la pareja y resalta la individualidad. El movimiento y el ritmo del cuerpo se vive desde el interior (la interioridad se exalta como en los rituales antiguos) y para producir un efecto exterior. Pero, al mismo tiempo, el baile se colectiviza, se "gregariza": "se podría decir que existe un baile multitud en el que es la multitud la que baila. En este baile-multitud, el sujeto está a la vez totalmente aislado como sujeto, ya que no hay parejas, está perdido, diluido en una especie de nosotros pasivo, un "baile nosotros", un nosotros bailando que rompe totalmente con las costumbres, por cierto no muy antiguas, del "nosotros-dos" (17). El sujeto se deshace como individuo, aumenta su soledad y se pierde en la colectividad, en un nosotros danzante y frenético.

En el mundo de la discoteca el bailar tiene otro sentido al que se asumía en el salón de baile. Con los ritmos modernos (entre ellos el rock) nadie tiene obligaciones con un método para bailar (18), ni el objetivo es exhibir su virtuosismo (concentrar alrededor de él las miradas), adueñarse de la pista y conquistar con sus movimientos y elasticidad el escenario. El bailar no es un acto de acrobacia, no es una actividad madura, ni el resultado de días y días de ensayos, la re-

(17). Barthes, Roland. "El cuerpo de nuevo" *Diálogos* # 123, Vol. 21/3, marzo 1985. Pág. 6.

(18). Monsivais, Carlos. "Es el baile del pingüino un baile elegante y fino" *Diálogos* # 77, Vol. 13/5, Sept.-oct. 1977. Pág. 14.

unión de contorsiones y piruetas, de giros y vueltas. Ni es una actividad que trata de interpretar en su coreografía las súplicas del ritmo o buscar el instante preciso para dar el salto o quebrar creativamente la secuencia de movimientos. En la discoteca se rinde culto a la improvisación: en el baile todo está permitido, no existe un código que hay que respetar, ni movimientos que se deben repetir, cualquiera puede imponer su estilo con desenfado aún sin preocuparse de los movimientos de su pareja.

La posmodernidad trae como consecuencia una formidable explosión musical. La música, con su continuidad, se ha convertido en un factor de primera necesidad: se hace deporte, se trabaja, se deambula oyendo música. La música y el ritmo son parte del entorno cotidiano e inmediato del hombre. Tradicionalmente estaba circunscrita a instantes y momentos precisos (el salón de baile, el concierto, las pausas laborales y los "tiempos muertos" -mientras se viajaba en autobús o en automóvil, por ejemplo-; no se estudiaba, ni se trabajaba con música porque disipaba la mente: la privación de la música era parte de una disciplina personal y de la formación del carácter). En la actualidad se escucha música durante todo el día "como si tuviese necesidad de permanecer fuera, de ser **transportado** y envuelto en un ambiente sincopado, como si necesitara una desrealización estimulante, eufórica o embriagante del mundo" (19). Además el individuo se vuelve cinético. Todo es ritmo: gracias a las innovaciones tecnológicas (la estereofonía, la música electrónica, el walkman, los sonidos cósmicos) participa de él con todo su cuerpo y sus sentidos. Es un deseo de sentir más, de "viajar" o "volar", de vibrar, de sumergirse en el mundo del sonido y acompañar sus pulsiones y sensaciones.

De este proyecto cultural forma parte la discoteca. En su interior todo es música y ritmo. La tecnología es promotora de experiencias extáticas, de estados alterados de conciencia a través de los cuales los danzantes acceden a la percepción simulada de "otra realidad", de otra dimensión. El espacio acústico apoya la ruptura con la realidad. Mediante el mantenimiento de un volumen elevado se alteran los mecanismos cognoscitivos propios de las situaciones ordinarias. No es fácil localizar la fuente de sonido y al danzante lo asalta un sentimiento de envoltura constante. Los movimientos, que siguen el ritmo de la música, llegan en un momento tal a interiorizarse que se adecúan al ritmo de la respiración, al aumento progresivo del cansancio y a lo elevado de la temperatura ambiental. La iluminación, sincronizada también, incrementa la posibilidad de llegar a un estado de trance. El espacio material desaparece y los participantes pierden durante cortos momentos, pero repetidos, la posibilidad de enfocar un lugar cualquiera a su alrededor. Los destellos producen una percepción visual segmentada, las luces de colores se convierten en centros de atención alternativos, y los efectos especiales y el rayo láser sumergen al partícipe en un mundo casi mágico donde en cada segundo sucede algo inesperado (20).

(19). Lipovetsky, Gilles. *Op. Cit* Pág. 23.

(20). Torrijos, Fernando. "Sobre el uso estético del espacio". En Fernández Arenas, José. *Arte efímero y espacio estético*. Barcelona, Ed. Anthropos, 1988. Pág. 68-71.

LA CAFETERÍA: SINÓNIMO DE LA MODERNIDAD

La cafetería es un lugar de socialización abierto a un público intersexual (a las parejas o a amplios grupos de amigos). Fue en sus inicios el lugar que hacía posible en el espacio urbano los encuentros amorosos entre jóvenes. Eran el sinónimo de la modernidad, de lo novedoso y esto las rodeaba de un aura especial, las erotizaba.

La cafetería hoy es uno de los signos de la constante circulación contemporánea: practica la dinámica de lo cambiante. Es simplemente funcional e impersonal. Como todo proceso comercial captura y expulsa a su cliente en un tiempo mínimo para permitir que el interesado consuma y pueda dejar libre la plaza para el siguiente. No es como el café una sede, es el espacio del consumo acelerado.

Es una mescolanza: sirven no sólo café o algún licor, le ofrecen al cliente alimentos variados, pasteles (o cualquier artículo de repostería), helados o derivados de la leche, refrescos o jugos naturales, combinados o picadas como en un restaurante típico o comidas rápidas. La cafetería hace desvanecer las referencias, las clasificaciones y las topologías. Expende licor, pero no es un lugar para embriagarse, satisface el apetito de la comida, pero no es el lugar de la comida abundante: armoniza con la frugalidad de la merienda, el desayuno o de las comidas intermedias. Los alimentos que ofrece no forman parte de un espectro amplio ni de una línea muy exclusiva, tienen un sabor

standard ("el grado cero" del sabor) y una indefinición que no se compromete con un campo culinario en especial. Sus alimentos son expresión de una cocina sin misterios, sobria y sencilla, compuesta por alimentos simples, nutritivos y escasamente condimentados. Desconoce los matices, las variaciones o las modulaciones del sabor, el choque de sabores o de sensaciones. Es una cocina razonable en la que cada sabor es lo que es y se evitan los contrastes que puedan confundir (21).

Aparece como un lugar anexo a la industria de los alimentos: los alimentos dan la impresión de estar preparados con anterioridad y en el momento de servirlos se combinan como si se tratara de una fórmula (como los platos fríos o la comida que sirven en los aviones). No tienen el sabor del alimento acabado, por eso en las mesas abundan los condimentos, los adobos, las especias o aderezos (la mostaza, la salsa de tomate, la pimienta, la mayonesa, el ají, las cremas para la ensalada). El sabor corre de cuenta del cliente.

La cafetería es la expresión del ambiente cultural de la ciudad con sus ideas de limpieza y arreglo de comidas, con sus patrones de urbanidad y conocimiento del valor nutritivo de los alimentos. En su interior se transforman los modos de comer y beber, de cocinar y de servir. No se percibe el aroma de los alimentos, su proceso de fabricación y la dedicación que supone su preparación. Su espacio está concebido para ocultar la transformación de los alimentos (el proceso manual de su preparación). Su forma de servirlos refleja un culto a la higiene y a la salud. Son limpios y simétricos en su presentación; el afán por la asepsia y por presentarlos sin mácula lo hace neutros. En la presentación

(21). Paz, Octavio. *El ogro filantrópico*. México, Joaquín Mortiz, 1979. Pág. 217.

de los alimentos impera la planificación, un rigor casi mecánico en el que es fundamental hacer resaltar la limpieza. Aunque se usan muy poco los cubiertos (se come casi con la mano o con el mínimo de cubiertos - casi siempre de plástico-) el cliente no toca los alimentos y los condimentos, cada uno de ellos viene envuelto en bolsas de papel o de plástico, y en la dosis justa para el consumo individual. Los sirven en platos plásticos o en material desechable (cartón o icopor), cubiertos con plástico para evitar que alguien los toque, y con una buena cantidad de servilletas. Además al retirar rápidamente los platos (o botarlos cuando son desechables) después de comer evita que el público que la frecuente pueda contemplar el espectáculo de las sobras y los residuos.

La cafetería no le ofrece a las personas que la frecuentan el espectáculo de la abundancia, de la profusión de los manjares en un desorden confuso, de los platos artísticamente preparados, ni la idea de la comida como fiesta, como el "gran banquete". El comer no es una fiesta gastronómica en la que se exploren nuevas oportunidades y se experimenten recetas elaboradas y cocinas distintas o exóticas (la cocina festiva se caracteriza por su relativa riqueza -real o imaginaria- y por su denso contenido simbólico y representativo). Es una comida para el sustento: en su elaboración sobresale su practicidad sobre la creatividad. Es una comida sustancial que no admite la variedad, que deja a un lado la estética y la búsqueda formal (no es una cocina para ver sino para comer) (22). La cafetería es la **mesa rasa** (23) que no incita la imaginación, que refuerza la idea generalizada en la sociedad industrial de la comida para el trabajo. En la presentación de los alimentos despoja el acto de comer de lo que en él hay de fantástico y ritual y de innovador (de

búsqueda de gustos nuevos), y resalta como factores fundamentales su valor nutritivo, la asepsia en su preparación y la frescura de los materiales con que son preparados. Sus alimentos no evocan ninguna cultura, ninguna tradición, ni la historia de los hombres que la concibieron: los platos que le ofrece al cliente están desterritorializados, expresan la idea difusa de lo occidental. Tampoco expresan el largo tiempo de la maceración o los procesos pacientes del añejamiento o la fermentación: los alimentos que ofrece confirman el alto valor del tiempo en la sociedad actual, la importancia social de la rapidez y de la efectividad.

La cafetería dispone de un escaparate donde se exhiben algunos de los productos que allí se venden (o una serie de vallas luminosas que le ofrecen al cliente -estéticamente presentados- los productos que le ofrecen para su consumo). No existen mesas, la cafetería posee una barra, rápida, acelerada y angosta (algunas de ellas se basan únicamente en este módulo); ésta parece una cinta sin fin en la que pasan una gran cantidad de público en la misma unidad de tiempo. No tiene sillas móviles, están fijas al suelo y dispuestas a una distancia tal que no incomoda o no permite el contacto corporal o el intercambio con el vecino. El comer no es un acto en grupo, ni convoca al diálogo: cada cliente es un consumidor a solas, es como un cliente frente a una ventanilla, que consume sin placer y con la impresión de que por su de-

(22). *Semprini, Andrea y Fabio Tropea. "Dadnos el pan de cada día". II Simposio Internacional de Semiótica. Universidad de Oviedo, 1988. Pág. 415 y 421.*

(23). *Stourdze-Pleissis, Marie-Noel y Helen Stroh. Op. Cit.*

mora está obstruyendo el consumo de otros. Si no tiene barra el salón, las mesas y las sillas están dispuestas según una estructura inflexible (que es el reflejo de un orden económico sin plasticidad) cuyo efecto psicológico la relaciona con la rigidez de una máquina o de una unidad productiva.

El usuario de la cafetería suprime del acto de comer su contenido teatral. La mesa no está decorada, ni embellecida: no hay lugar para las vajillas costosas, ni para la plata, el cristal o la porcelana, por ejemplo. No se busca un efecto estético en la iluminación de la mesa, ni en la cuidada colocación de los comensales; tampoco se busca poner en práctica la etiqueta ritual de los modales, ni el tono de formalidad que asume el comensal con su gestualidad rígida y su vestido. El comer en la cafetería no demanda destreza en la manipulación de los cubiertos y de los alimentos, ni en la disposición y el orden en el que deben ser servidos, es una actividad meramente funcional desprovista de cualquier elemento estético o ritual. Además el visitante de la cafetería tiene el tiempo contado, no disfruta del tiempo de la espera, de las pausas entre los alimentos y del diálogo que puede llenar estos vacíos. Cuando hace su pedido inmediatamente le sirven sus alimentos (las comidas ya están preparadas y no es necesario esperar. La cafetería es rápida como lo requiere la vida de hoy. El camarero conoce el valor que posee el tiempo para su cliente y le evita cualquier tipo de molestia: no le quiere dar al usuario la impresión de que su tiempo se

está malgastando) y con la misma rapidez debe comer y dejar el sitio disponible para otro cliente (24).

El camarero es una pieza móvil que discurre o se camufla en el ambiente. Tiene uniforme y lleva en su rostro el sello de la eficiencia: su objetivo es servir rápidamente. No presta asesoría sobre los secretos de la cocina como el camarero tradicional, es un sujeto "sin habla" que traslada la orden de pedido a un almacén de alimentos. Cumple sólo una función: hace circular los pedidos y los clientes.

La cafetería no contiene en su arquitectura los materiales que en los restaurantes antiguos reflejan nobleza y resaltan el valor de la tradición: el cobre, el hierro, la madera, la porcelana, el mármol o el cristal (tallado y de colores bellos). En su presentación interior se parece más a un laboratorio. Está hecha con materiales brillantes, pulidos, como la fórmica, el aluminio, el acrílico, el plástico, el acero inoxidable, el teflón. No tiene los tonos oscuros y espesos del café, los colores suntuosos o sombríos, ni colores violentos que puedan confundir al visitante o provocar un clima de tensión o de pasión. Su interior está pintado con colores pastel o diurnos: aparece como la prolongación del exterior, de la luminosidad de la calle (de la claridad del día). Es un espacio muy iluminado, con luces de neón que aspira a crear en el usuario la idea de un espacio sin pasado, sin huellas de otras gentes y sin memoria.



(24). Berger, John. "La comida y los modos de comer". *El sentido de la vista*. Madrid, Alianza Univ., 1990. Pág. 38, 39.